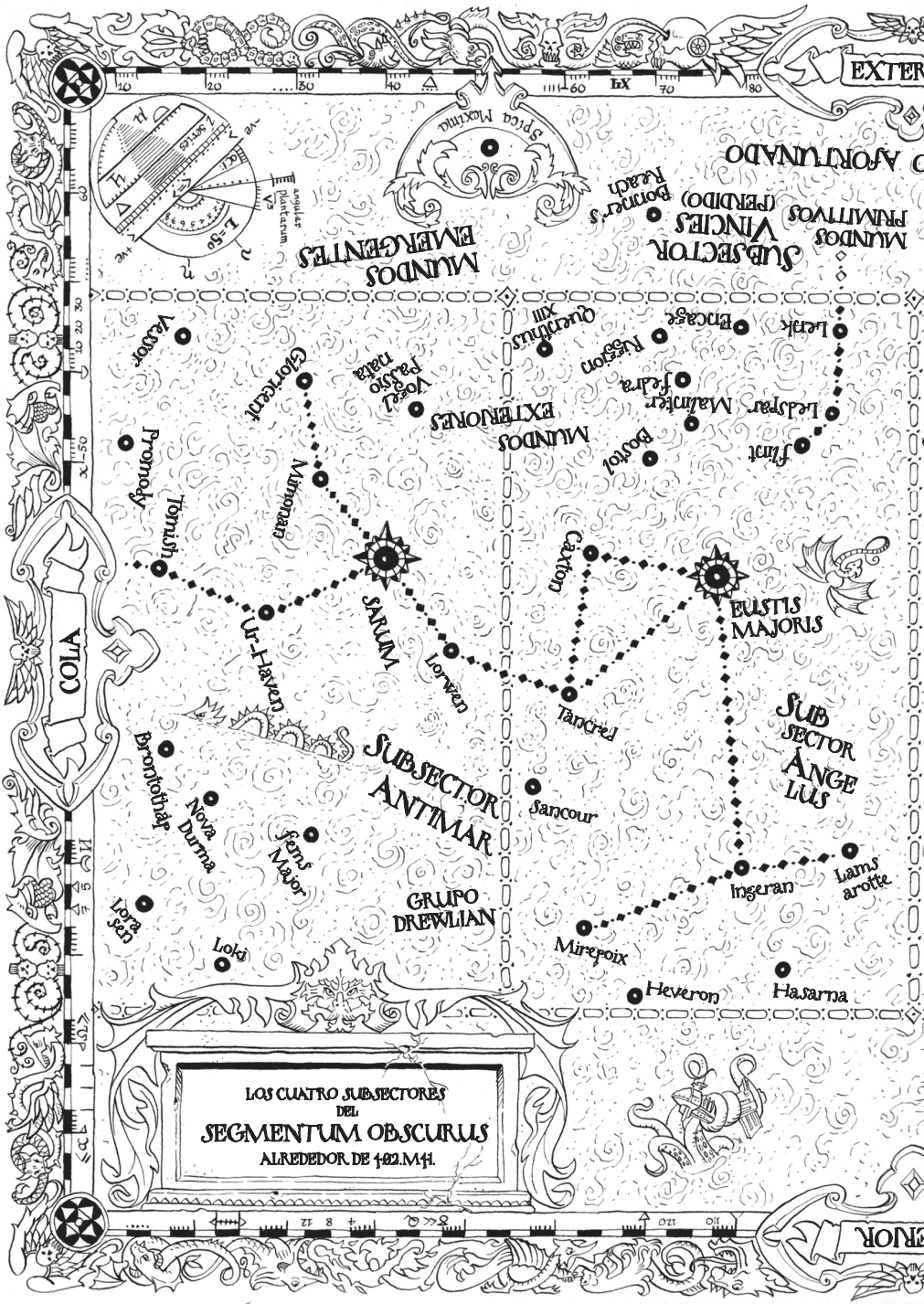
WARHAMMER 40,000

RAVENOR FUGITIVO

Dan Abnett

timunmas

Para Andy Lanning,
la «A» del ADN. Ya era hora.


EXTERIOR
COLA
MUNDOS AFORTUNADO
MUNDOS PRIMITIVOS
SUBSECTOR VINCIES (PERDIDO)
MUNDOS EMERGENTES
MUNDOS EXTERIORES
SUBSECTOR ANTIMAR
SUBSECTOR ANGELUS
GRUPO DREWLIAN
SARUM
EULSTIS MAJORIS
Spica Maxima
Vassor
Gaorisant
Yogal Passio Nada
Quantulus XIII
Ensage
Lenk
Ilsegion
Fedra
Ledspar
Malmtyr
Flint
Bostol
Promody
Tonush
Ur-Haven
Mirkonaan
Lorwen
Caxton
Tancred
Sancour
Brontothar
Nova Durma
Fems Major
Lora gen
Loki
Mirepoix
Heveron
Hasarna
Ingeran
Lams arotte
Bonnar's Reach
LOS CUATRO SUBSECTORES
DEL
SEGMENTUM OBSCURUS
ALREDEDOR DE 402.M41.

INTERIOR
ESPACIO
561ar
ESTRELLAS DEL HALO
Meerstadt sectorus
GIRO
Damask EDGE WORLDS
Panopticy
Kumra
Borravadur
SUBSECTOR HELICAN
ANNEXES DAES REBS
Mundos Esclavizados
Surcas
SUBSECTOR OPHIDIAN
Dolsene
Mundo de Bradell
San dur
Asor
Hesperus
Theoshalon
Durer
THRACIAN PRIMARIS
Cyto
Lethe Eleven
OPHIDIA
Gudrun
Hulris
Planeta de frank
Carlol
Kolaït II
Messina
Bechan
GRANDES BANCOS
Punzel
Maj eskus

Estamos en el cuadragésimo primer milenio. El Emperador ha permanecido sentado e inmóvil en el Trono Dorado de la Tierra durante más de cien siglos. Es el señor de la humanidad por deseo de los dioses, y dueño de un millón de mundos por el poder de sus inagotables e infatigables ejércitos. Es un cuerpo podrido que se estremece de un modo apenas perceptible por el poder invisible de los artefactos de la Era Siniestra de la Tecnología. Es el Señor Carroñero del Imperio, por el que se sacrifican mil almas al día para que nunca acabe de morir realmente.

En su estado de muerte imperecedera, el Emperador continúa su vigilancia eterna. Sus poderosas flotas de combate cruzan el miasma infestado de demonios del espacio disforme, la única ruta entre las lejanas estrellas. Su camino está señalado por el Astronomicón, la manifestación psíquica de la voluntad del Emperador. Sus enormes ejércitos combaten en innumerables planetas. Sus mejores guerreros son los Adeptus Astartes, los marines espaciales, supersoldados modificados genéticamente. Sus camaradas de armas son incontables: las numerosas legiones de la Guardia Imperial y las fuerzas de defensa planetaria de cada mundo, la Inquisición y los tecnosacerdotes del Adeptus Mechanicum por mencionar tan sólo unos pocos. A pesar de su ingente masa de combate, apenas son suficientes para repeler la continua amenaza de los alienígenas, los herejes, los mutantes… y enemigos aún peores.

Ser un hombre en una época semejante es ser simplemente uno más entre billones de personas. Es vivir en la época más cruel y sangrienta imaginable. Éste es un relato de esos tiempos. Olvida el poder de la tecnología y de la ciencia, pues mucho conocimiento se ha perdido y no podrá ser aprendido de nuevo. Olvida las promesas de progreso y comprensión, ya que en el despiadado universo del futuro sólo hay guerra. No hay paz entre las estrellas, tan sólo una eternidad de matanzas y carnicerías, y las carcajadas de los dioses sedientos de sangre.

«Tener fe es tener un propósito, y tener un propósito en la vida es lo que define a un hombre y le da firmeza y resolución. La fe lo hace fiel a sí mismo incluso en los momentos más oscuros, y le ilumina como la llama de una vela. La fe lo guía con paso firme de la cuna a la tumba. Le muestra el camino y evita que se adentre en los abismos oscuros en los que acecha la locura. Perder la fe es perder el propósito, y quedar privado de orientación. Pues un hombre sin fe dejará de ser resuelto, y una mente sin propósito se adentra en lugares oscuros.»

–*Las esferas del deseo*, II. ix. 31.

«Mantén cerca a tus amigos, y más aún a tus enemigos.»

–Antiguo proverbio humano.

ENTONCES

Mundo exterior de Sleef, 336.M41

Todo había terminado. El plan de Ordion se había venido abajo. Lo único que importaba ahora era sobrevivir.

–No me obligues a matarte –ordenó el cazarrecompensas. Estaba a unos diez metros de distancia, y tenía un arma apuntando directamente al rostro de Zygmunt Molotch. Era alto y tenía la cabeza completamente rapada. Todos sus músculos parecían estar comprimidos bajo un traje monopieza de color negro mate. Lo habían enviado para vigilar la escalera trasera de los conductos de ventilación superiores.

–¡No! ¡Por favor, no! –gritó Molotch, cayendo de rodillas sobre el polvo sulfuroso. «Loki», decidió en aquel instante. De allí provenía su acento. De Loki, el mundo helado. Eso significaba que era duro, despiadado. Lo mejor de lo mejor.

No era extraño que su oponente empleara a lo mejor de lo mejor.

Sin dejar de apuntarle, el cazarrecompensas avanzó. Molotch pudo oír el crujir de los pasos sobre la arena. «Eso es, acércate. A diez metros no puedo hacerte nada. Pero la distancia corta nos iguala, con o sin armas.»

–Identifícate –le ordenó el cazarrecompensas.

–Me llamo Satis –respondió Molotch. Habló con una voz grave y con el acento nasal de la costa sur de Sameter–. Soy piloto. Un simple piloto, señor –sollozó, con la esperanza de que la cazadora del Gremio de Pilo-

tos que le había robado a un cadáver cinco minutos antes confirmara la historia.

–¿Estás armado?

–No, señor, por supuesto que no.

La sombra del cazarrecompensas se posó sobre Molotch, proyectada por las llamas que salían de los conductos. «Un paso más, sólo un paso más.»

–¿Nayl? –dijo una voz de mujer con un acento muy marcado.

Molotch se puso tenso. Girando un poco la cabeza consiguió ver que una segunda persona se aproximaba. Pudo verle las piernas. Armadura de cuero, muy ceñida, decorada con un diseño de espirales. Tanto eso como el acento indicaban que se trataba de una espadachina de Carthae. De nuevo, lo mejor de lo mejor.

–Acaba con él –dijo la mujer.

–Espera –respondió el cazarrecompensas. Molotch escuchó como sacaba el comunicador.

–El acero busca a la espina, latido a latido, oscuridad tras el atardecer. Hay pétalos diseminados en abundancia. Cielo turquesa. Caparazón cerrado, los perros adyacentes susurran. ¿Patrón delta?

–Consulta a los perros adyacentes. El centro de la onda se expande.

–Deshielo. Bocas necias –respondió el cazarrecompensas–. ¿Patrón delta? –preguntó una vez más.

–Patrón denegado. Patrón plata.

Era un código secreto. Resultaba fascinante. Molotch comprendió los principios básicos casi de inmediato. Siempre se le habían dado bien las lenguas. Su enemigo le había dicho al cazarrecompensas que no acabara con él, antes debía ser interrogado. El cazarrecompensas, cuyo nombre era Nayl según parecía, estaba casi convencido de que Molotch no era más que un cómplice desafortunado de todo lo que había ocurrido aquel día.

–Patrón confirmado.

–Mírame –dijo la mujer.

Molotch deseaba hacerlo, pero debía desempeñar el papel de piloto tímido y asustado. Mantuvo la cabeza gacha y emitió un sollozo. El cazarrecompensas tiró de Molotch para ponerlo en pie. Tenía mucha fuerza en el brazo. De pronto, Molotch se vio frente a frente con él, con Nayl, y con la espadachina. Tenía el aspecto característico de las de su clase: más alta que la mayoría de hombres, casi como un Astartes, pero más esbelta,

con el pelo recogido en una trenza, el cuerpo protegido por una armadura de cuero y una túnica con borlas que ondeaba al viento. Cada centímetro de la armadura y de la túnica estaba decorado con tallas, con volutas y con tachuelas de bronce.

Aquella mujer era lo más hermoso que Molotch había visto jamás, y en aquel mismo instante decidió que tenía que matarla.

Tenía una espada entre las manos. La sostenía con fuerza como si fuera una pluma a punto de salir volando arrastrada por el viento de las montañas. Era un arma extraordinariamente larga: casi dos tercios de la altura de la mujer. El tono azulado del metal indicó a Molotch que la hoja había sido plegada dieciocho o diecinueve veces; la seña de identidad de las antiguas forjas de Carthae. Era una obra maestra, una antigüedad de valor incalculable, y probablemente también una hoja psíquica. Todas las armas clásicas de Carthae lo eran. Eso significaba que la mujer y la espada eran como uña y carne. Sí, podía ver como la hoja temblaba muy levemente al ritmo de la respiración de ella.

–¿Eres piloto? –le preguntó sin apartar la vista de él.

Molotch se aseguró de que la expresión de miedo no desapareciera de sus ojos, a pesar de que lo único que albergaban era deseo. Estaba hechizado. Era una mujer extraordinaria, una diosa. Deseaba poseerla. Deseaba oír como gritaba su nombre con aquel delicioso acento mientras la mataba.

–Sí, en efecto –respondió él. Entonación y acento. Entonación y acento.

–¿Para qué te han contratado?

–Para encargarme del transporte, nada más. Es un contrato completamente legal.

–Déjalo ya –dijo el cazarrecompensas–. Ya habrá tiempo para eso. –Estaba mirando hacia los conductos que había encima de ellos, contemplando el cielo iluminado por el plasma ardiendo.

La mujer levantó una ceja.

–*Barbarisater* tiene sed –dijo–. No es lo que parece.

Era buena. Había visto algo, o quizá la espada lo había sentido. Deseó saber de qué se trataba para corregirlo la próxima vez. ¿Sería el acento? ¿La expresión corporal? No era momento para preguntas. El cazarrecompensas se había dado la vuelta y estaba de nuevo frente a él. Sabía que únicamente tendría una, quizá dos oportunidades. No habría más. Si no las aprovechaba, estaría muerto. Tenía que tomar la iniciativa cuanto antes.

–¿Quiénes sois? –preguntó Molotch de pronto. El cazarrecompensas le miró sorprendido–. Necesito saber quiénes sois –repitió con más insistencia.

–¡Cállate! –dijo Nayl.

–No tengo ni la menor idea de lo que está ocurriendo –gimoteó Molotch.

–Y será mejor así –respondió Nayl, mirando a la mujer–. Vigílalo mientras compruebo si está armado, Arianhrod.

Arianhrod. Nayl. Ahora sabía los nombres de ambos.

La mujer asintió y colocó la espada en una posición cuyo nombre Molotch estaba casi seguro que era «ehn kulsar». La mantuvo inmóvil. Sobre sus hombros, los conductos escupieron otra bocanada de fuego.

Nayl dio un paso al frente. Mientras estaba de rodillas, Molotch se había arrancado uno de los botones de metal del abrigo y ahora lo ocultaba en la palma de la mano. Con un movimiento del dedo índice lo lanzó contra el ojo izquierdo del cazarrecompensas.

Nayl profirió una maldición y se tambaleó hacia atrás. Molotch saltó justo detrás de él y colocó su pierna tras la del cazarrecompensas para convertir el tropiezo en caída. La mujer ya estaba en movimiento y lo embestía con la espada.

–Arianhrod –dijo Molotch, empleando el tono de autoridad.

Arianhrod dudó. Un único momento de duda, eso era todo lo que conseguiría de una espadachina de Carthae, principalmente porque no sabía el nombre completo que recibía en su clan. Pero eso bastaría. Un único desliz. Introdujo la punta de los dedos entre el gorjal de la armadura de la mujer y su cabello trenzado. Los músculos de su brazo izquierdo sufrieron un espasmo involuntario. Ella se sobresaltó y Molotch le quitó la espada de las manos.

Era como sostener la correa de un perro rabioso. La hoja se revolvía; no quería que él la sostuviera. Se resistía como un caballo furibundo. Molotch sabía que le resultaría imposible controlarla. En lugar de eso, la soltó como si fuera una cometa arrastrada por el viento.

Directamente hacia el cazarrecompensas.

Nayl acababa de ponerse en pie y su enorme silueta se abalanzaba hacia el cuello Molotch. El sable de Carthae le atravesó el estómago antes de que pudiera verlo venir.

El cazarrecompensas emitió un gruñido tenue, como un chasquido de desaprobación. Sorprendentemente brotó muy poca sangre, incluso cuando Molotch extrajo la hoja. Estaba tan afilada que el corte que abrió en la piel pareció cerrarse inmediatamente, como una incisión perfecta.

Nayl se arrodilló sobre el polvo, inmóvil, con una rodilla hincada en el suelo y la espalda doblada. Molotch soltó el sable. Salió volando como si lo hubiera arrojado con toda su fuerza. Ni siquiera se molestó en ver dónde caía. La mujer era un problema más acuciante.

No pronunció ni una sola palabra mientras se abalanzaba sobre él, lo cual le pareció sorprendentemente comedido. Molotch se preguntó cuántos preceptos del *Ewl Wyla Scryi* habría mancillado al arrebatarle su propia hoja y usarla contra un camarada. Unas siete veces deshonrada, calculó. Le ahorraría la penitencia y la humillación acabando con ella.

La habían entrenado bien. Molotch esquivó por muy poco los dos dedos extendidos que volaron hacia él como la punta de un cincel y detuvo el golpe de la otra mano con el antebrazo. La mujer giró sobre sí misma y lanzó una patada con la pierna izquierda, larga y tersa, que Molotch tuvo que esquivar apartando la cadera y levantando los brazos como una bailarina. La espadachina apoyó todo su peso en la pierna izquierda cuando la posó en el suelo, lo que le permitió tomar impulso para levantarse en el aire y lanzar otro golpe con la derecha.

En esta ocasión, la punta del pie derecho estuvo muy cerca de alcanzar su objetivo. Molotch flexionó el cuerpo a la altura de la cintura, ladeando la cabeza casi hasta la clavícula para reducir al máximo la superficie expuesta al golpe, y dio una voltereta apoyándose en la mano derecha para ir a caer detrás de la mujer justo cuando ésta se posaba en el suelo.

Al sentir su presencia, la espadachina lanzó un golpe hacia atrás para romperle la mandíbula. Él detuvo con la palma de la mano derecha el impacto, lo suficientemente fuerte como para destrozarle la muñeca, y hendió el puño izquierdo bajo la axila, con el dedo medio extendido como el pico de un ave.

La mujer soltó un grito y se apartó. Molotch había estudiado muy bien el diseño de la armadura: la disposición de las tachuelas de bronce, los refuerzos de cuero, las volutas. Todo estaba diseñado para repeler el impacto de una espada. Algo simple pero muy efectivo. Cuando uno luchaba a espada, lo último que necesitaba era un corte que le hiciera perder

fuerza o desangrarse hasta la muerte. Aquella armadura podía repeler toda estocada a excepción de las verdaderamente mortales.

Pero un puño no era una hoja. Una mano no era una espada. Las tachuelas de bronce, que podían prevenir un corte en las costillas, no eran sino un reclamo para un puñetazo con pico. Prácticamente, indicaban el punto exacto por el que pasaba la arteria axilar de la que depende el riego sanguíneo de toda la zona.

La mujer intentó darse la vuelta, pero estaba herida, y por encima de todo, Molotch estaba disfrutando demasiado. La golpeó en la espalda con la rodilla izquierda y, conforme el cuerpo caía, le hendió la mano en el plexo sacro, enviando una punzada de dolor por la pelvis y las piernas.

Ella lanzó un grito. Era muy fuerte, tres o cuatro veces más que él. Se apartó y trató de darse la vuelta. Tras explotar las desventajas de la armadura, Molotch dirigió su atención a la túnica. ¿Quién sino un bárbaro lucharía con una túnica?

Agarró la tela, tiró de ella con ambas manos y lanzó una patada lateral con la pierna izquierda. Arianhrod se combó hacia atrás, arrastrada por la túnica, e inmediatamente su nuca recibió el impacto del pie de Molotch.

Estaba condenada.

La necesidad de matar era incontrolable, pero no había tiempo para saborearla. No era el momento de explorar las complejidades de la muerte. El placer podía esperar. Lo único que importaba era sobrevivir.

Molotch miró hacia la escalera tallada en la pared del acantilado. Los conductos desprendían un olor cáustico. Las nubes de gas miasmático salpicaban el cielo. Comenzó a avanzar de prisa, quitándose el abrigo del piloto y arrojándolo al suelo.

Estaba anotando mentalmente infinidad de datos y observaciones. El Cognitae lo había entrenado para reconocer al instante la derrota y el fracaso y para extraer fuerza de ese conocimiento. Con frecuencia, los hombres se sienten limitados y circunscritos ante la perspectiva de una derrota, y eso los hace vulnerables. Pero un cognitae jamás era vulnerable a menos que decidiera serlo.

La derrota era algo que debía ser identificado, analizado y aprovechado. La derrota era un trampolín que podía lanzarlo a uno mucho más alto. Eso era lo que madame Chase le había enseñado. Los planes fracasaban. Los proyectos se desplomaban. Nada ocurría con una certeza total. Pero

los hombres sólo fracasaban si se permitían caer en la debilidad de la decepción y en el sentimiento de culpa.

Eso suponía desperdiciar un esfuerzo que podría ser ampliamente aprovechado.

Su mente no cesaba de efectuar cálculos con la precisión de un cirujano. La próxima vez lo prepararía todo escrupulosamente, pues entonces sería él quien estuviera al mando. Entregarle a Ordion el papel de líder había sido una elección mediocre. Molotch la había aceptado sencillamente porque había que respetar la antigüedad. Ordion tenía doce años de experiencia más que él mientras que Molotch era un recién graduado que apenas había demostrado nada. No importaba lo extraordinario de sus logros como estudiante, que lo eran incluso dentro de una escuela de individuos extremadamente capaces; Molotch debía esperar a que llegara su turno. Le gustaba pensar que Chase lo había incluido en el equipo de Ordion para que supervisara la operación.

De ser así, había fracasado. El plan se había echado a perder y Ordion había muerto. Igual que todos los demás. Debería haber actuado en cuanto Ordion comenzó a perder la perspectiva. Fueron esas pequeñas decisiones que tomó al principio las que hicieron que Molotch empezara a retirarle su apoyo. Debería haber actuado entonces. Debería haberse enfrentado a Ordion. Si hubiera sido necesario, incluso habría tenido que acabar con él y ocupar su puesto.

Ésas eran la clase de cosas que estaba aprendiendo. No se puede confiar en ningún líder. Uno debe ser su propio líder y, una vez lo es, no debe permitir que sus subordinados controlen sus acciones, pues ellos podrían ser los culpables del primer pecado.

La próxima vez corregiría todo eso.

Lo único que tenía que hacer era asegurarse de que hubiera una próxima vez.

Llegó hasta los riscos que coronaban el acantilado. Las paredes de caliza se curvaban bajo sus pies como huesos viejos y amarillentos. Mucho más abajo, sobre el paisaje ondulado de los conductos inferiores, pudo ver la silueta difusa del campamento base. Los motores de gnosis aún seguían allí, a no ser que los inquisidores los hubieran destruido; tan tentadores, tan próximos, tan valiosos, incluso aunque sólo los hubieran cargado a mitad de capacidad. Los conductos habían hablado mucho más despacio

de lo que Ordion había predicho. Dos semanas, según había calculado, más el viaje de vuelta a Sarum con al menos dos, puede que incluso tres motores maduros y listos para entrar en funcionamiento. Pero ya llevaban tres meses en Sleef, tiempo más que suficiente para que todas las agencias del Trono dieran con ellos y los acorralaran.

El aire azulado soplaba como una neblina cálida. Los conductos rugían periódicamente, escupiendo chorros de plasma provenientes de las entrañas hediondas del planeta. La expedición había sido programada para coincidir con un periodo particularmente activo. Se decía que, en momentos como aquél, las voces hablaban más y más alto de lo habitual. Ahora parecía que los conductos de plasma estallaban e iluminaban el cielo en sincronía con la violencia de aquella tarde.

Un humo amarillento se extendió sobre el borde del acantilado. Los residuos rocosos de la última explosión resonaron sobre los peñascos y se precipitaron al vacío. Pudo sentir un hedor cálido en la boca.

Se detuvo junto a un enorme bloque de piedra y extrajo el comunicador.

–¿Hay alguien ahí? –preguntó.

–¿Quién es? ¿Ordion?

–Soy Molotch. Todos han muerto. Es hora de irse, *Oktober Country*, antes de que os encuentren en órbita estacionaria.

–Gracias por el consejo.

–No os atreváis a iros sin mí –dijo Molotch.

–Por supuesto que no. –Se produjo una pausa–. Haremos cuanto podamos. ¿Tienes acceso a algún tipo de transporte?

–No. Activad la teleportación y sincronizadla con mi señal.

–La teleportación es demasiado valiosa como para arriesgarse a…

–Más valioso soy yo como para dejarme aquí, cabrones. Activadlo ahora mismo.

–Molotch, los conductos están en plena actividad. El sistema de teleportación no podrá hacer nada, sólo conseguiremos freírlo.

–Por eso he ascendido a terreno elevado, para facilitar el proceso. Estoy en lo alto de los acantilados, localizad mi señal.

–Muévete, busca un espacio abierto. Rápido.

Molotch se alejó de la roca. Sintió como el calor del plasma y la luz del sol le abrasaban la cara. El viento le quemaba el pelo. Con el comunicador en la mano, trepó por la roca hasta estar encima de dos conductos princi-

pales. Caminó hacia el extremo de uno de ellos. Las brillantes nubes de plasma se perdían en la distancia a un par de kilómetros hacia el oeste. Pasarían otros cinco minutos antes de que volvieran a emitir una ráfaga.

Miró hacia abajo. La caída era inmensa, pero el terror era estimulante. Era una gran distancia en vertical, una larga caída hacia lo que parecían las entrañas del infierno. El conducto medía unos cuarenta metros de diámetro y sus muros, abrasados y ennegrecidos por el humo, descendían varios kilómetros hacia las profundidades. En el fondo, se produjo un destello de luz cuando las llamas comenzaron a crecer de nuevo.

–Rápido –dijo Molotch.

–Estamos en ello –crepitó el comunicador.

Un gas caliente y sulfuroso comenzó a salir por la boca del conducto, Molotch tuvo que echarse a un lado y taparse la nariz. La enorme roca sobre la que estaba comenzó a temblar y a murmurar por culpa de la presión subterránea. En la distancia, el destello de las erupciones iluminaba los riscos.

–¡Daos prisa!

–Ya lo tenemos, hemos localizado la señal, sólo falta…

–*¿Oktober Country*?

Un momento de duda.

–Molotch, dinos cuál de las dos señales biométricas es la tuya.

Molotch no respondió. Se dio la vuelta. El hombre que tenía delante había estado a punto de caer sobre él. Se había movido con mucho sigilo y astucia.

Pero había cometido un grave error. Había intentado atrapar a Molotch con vida.

Molotch efectuó un movimiento con el brazo derecho. Fue algo inesperado y muy rápido, pero tan evidente que no debería haber funcionado. Sin embargo, como hacía con todo, Molotch lo había practicado hasta el punto de convertirlo en una obsesión.

El golpe le arrancó la pistola láser de la mano y la lanzó por los aires. El hombre la miró, sorprendido por haber quedado desarmado de forma tan simple, aunque aún no estaba ni mucho menos indefenso. Era un psíquico, uno muy poderoso. Molotch podía sentirlo. En aquel momento, lo único que le protegía la mente de aquel hombre eran los protectores hexagrámicos que tenía tatuados bajo el cuero cabelludo.

Molotch se lanzó en plancha con el brazo extendido y recogió la pistola láser. Rodó sobre el suelo de roca para abrir fuego, pero el hombre ya había caído sobre él, agarrándole el brazo con el que sostenía el arma y empujándolo hacia un lado. Estuvieron cara a cara, como dos amantes, durante un momento. Molotch pudo ver el rostro fuerte y huesudo del hombre, el pelo negro recogido en una coleta y una mirada noble en la que había algo de eldar.

Con las venas del cuello a punto de estallar por el esfuerzo, Molotch consiguió levantar la mano con la que sostenía el arma y apuntarle de nuevo a la cabeza. El hombre emitió un gruñido, tratando de volver a doblarle el brazo. Molotch aumentó la presión.

El psíquico golpeó con la frente el rostro de Molotch y le rompió la nariz. Molotch hizo un gesto de dolor y sintió como la sangre comenzaba a correrle por las mejillas. Sus músculos se distendieron de forma involuntaria. El hombre le aplastó el brazo contra la roca hasta que abrió la mano y soltó la pistola. Molotch, herido y furioso, emitió un grito ahogado. Lanzó un golpe rápido con la mano derecha que impactó en el cuello del hombre. Aquello le permitió quitarse su enorme peso de encima, pero al dar el golpe había soltado el comunicador. El pequeño aparato, liso y dorado, cayó al suelo rebotando sobre las rocas de marfil.

Pudo oír la voz del capitán crepitando en el receptor.

–¿Molotch? ¿Molotch?

Molotch salió de debajo del hombre y se arrastró para recogerlo. Había caído justo en el borde del conducto. El gas continuaba emanando de las profundidades. El suelo temblaba con más fuerza.

Reptando, Molotch consiguió alcanzarlo, pero la mano que su enemigo había aplastado contra el suelo se negaba a cerrar los dedos. Rodó por el suelo y cogió el comunicador con la mano izquierda.

La piel de la cabeza comenzaba a derretirse. El peso de la fuerza psíquica estaba abrasando los protectores que llevaba tatuados, convirtiéndolos en masas amoratadas. En pocos segundos habrían desaparecido y quedaría expuesto a la mente de aquel hombre.

Recogió el comunicador, consiguió ponerse en pie y comenzó a gritar a través de él.

–¡Ahora! ¡Ahora!

Estaba de espaldas a la salida del conducto. El otro hombre estaba

frente a él. Había recuperado la pistola y le estaba apuntando. En aquella ocasión no tendría ninguna oportunidad, no habría ningún error que aprovechar. El hombre lo tenía a tiro, y estaba demasiado lejos como para que Molotch pudiera intentar alguno de sus trucos.

–Suficiente –dijo el hombre–. Tira el comunicador. Te necesito con vida, pero todo tiene un límite.

Molotch levantó lentamente las manos, pero no soltó el comunicador. Movió la cabeza y le dedicó una sonrisa al hombre.

–¡Ahora!

Dio un paso atrás y se precipitó hacia el vacío.

Oyó un grito de consternación del hombre. Después comenzó a caer, de cabeza, hacia aquel pozo negro e insondable, hacia el calor abrasador, hacia el infierno.

Gritó el nombre del capitán una última vez, tratando de no soltar el comunicador.

Vio como la nube de plasma ascendía implacable. Una bola de fuego amarillenta y verdosa. Sintió que el pelo se le abrasaba. Se precipitaba hacia el vacío mientras la nube ascendía furiosa, como un muro blanco de…

La llamarada de plasma salió por el conducto como una lengua de fuego e hizo que las rocas se estremecieran. La oleada de calor se extendió por los riscos. Cuando el infierno se retiró, el hombre apareció entre el humo, en el borde de la boca del conducto. Se había protegido generando una burbuja de aire frío y luchaba por mantenerla intacta mientras las llamas ardían a su alrededor. No tenía la más mínima intención de morir abrasado.

Había estado cerca. Si la erupción hubiera durado un poco más, su escudo psíquico se habría resquebrajado.

Se dio la vuelta. Arianhrod Esw Sweydyr corría hacia él. Su rostro estaba teñido de dolor. El hombre la abrazó y la besó en la boca.

–¿Y Nayl? –preguntó él.

–Está muy grave. No creo que…

El hombre activó el comunicador.

–La garra busca a la espina, el color del invierno. El ídolo suplicante se reclina con gracia.

–Iniciando.

Un instante después, oyeron el estruendo de los motores de la cañonera resonando por todo el valle.

–Está bien. Ya están en camino –le dijo el hombre a Arianhrod–. Además, era el último de ellos. El que lo hizo.

–¿Estás seguro? –preguntó ella.

Gideon Ravenor miró hacia el interior del conducto humeante.

–Bastante seguro –dijo.